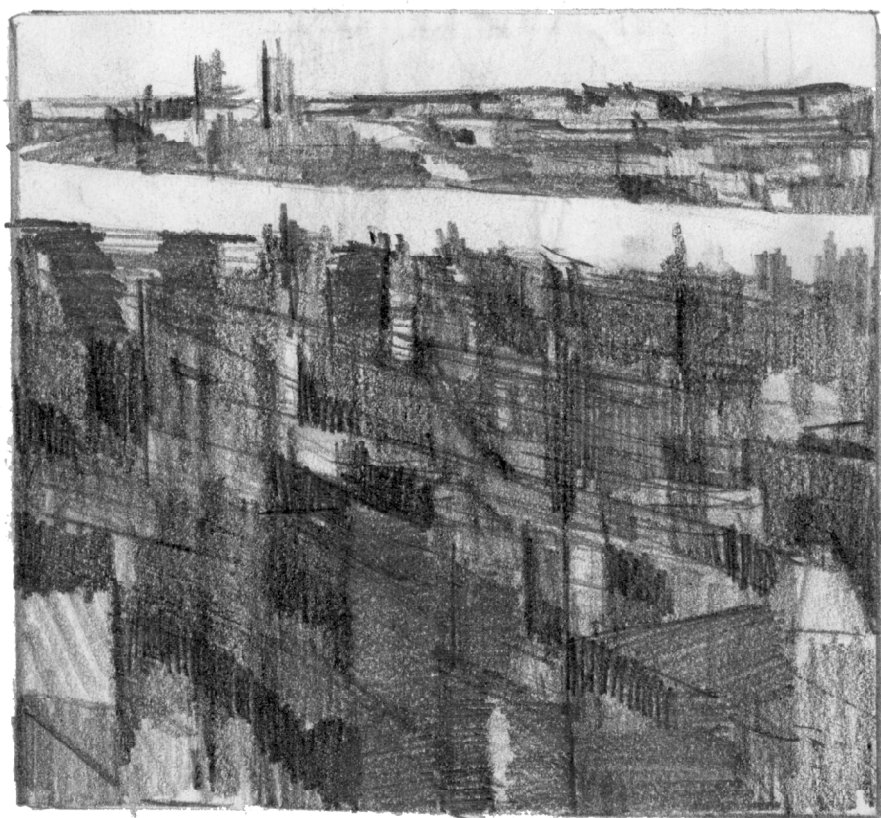


RIO ARGA

REVISTA DE POESIA



N.Y.

G. hiper/Gazte &

PAMPLONA

98

2º TRIMESTRE 2001

CAJA  NAVARRA

Director:
VICTOR MANUEL ARBELOA

Consejo de Redacción:
JOSÉ LUIS AMADOZ, JUAN RAMÓN CORPAS, BLANCA GIL,
JESÚS GÓRRIZ, CARLOS MATA INDURÁIN, JESÚS MAULEÓN,
ALFONSO PASCAL ROS, MAITE PÉREZ LARUMBE

Edita: Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Navarra.
Avda. del Ejército, 2

Correspondencia y suscripciones: Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Navarra.
Obra social
Avda. del Ejército, 2

Precio del ejemplar: 300 Ptas.

Suscripción anual: 850 Ptas.

Depósito Legal: Na: 1573-1976

Imprime: GARRASI, Avda. Barañain, 52 - Pamplona.

RIO ARGA

REVISTA DE POESIA

COLABORAN:

José Luis Amadoz, Víctor Manuel Arbeloa, Isabel Blanco, Franciso Javier Cánaves, Javier Ciordia, Xabier Etxarri, Elmys García Rodríguez, Manuel Goñi, Damián Iribarren, Juan Martín Acedo, Javier Pérez, Javier Quintano, Luis Ignacio Villafranca.

ILUSTRA:

Portada e interior:
Carlos López González

ENTRE LO FUGITIVO Y LO ETERNO (IV)

La reacción clasicista preparó la cercana explosión del racionalismo. Nicolás Boileau (1636-1711), autor del manual del clasicismo, **Art Poétique**, fue uno de los grandes responsables. El también le torció al cuello al cisne, y no sólo Descartes, según su frase famosa.

Había pasado la infancia del mundo, pensaban los clasicistas, la época de la poesía. Ahora podían prescindir de ella y sustituirla por la filosofía. El cartesiano y divulgador de ideas científicas, Bernardo Le Bovier de Fontenelle (1657-1757), secretario perpetuo de la **Académie des Sciences**, podía escribir sin sonrojo: "**Cada uno tiene su turno. Que los poetas modernos sean más filósofos que poetas no tiene por qué sorprendernos y menos afligirnos**".

Amigo de Fontenelle y -jefe con aquél de los llamados "**modernes**" frente a los "**anciens**", fue Antonio Houdar de la Motte - Lamotte-Houdar (1672-1731) autor dramático, fabulista y poeta, estudioso y crítico de Racine, de quien se atreve a prosificar alguno, de los textos en verso. Lamotte llega a la brutal conclusión de que lo que constituye la sólida bondad de una obra es "la justeza de los pensamientos", unidos entre sí por la combinación y la elección de las expresiones más apropiadas para hacer transmitir exactamente al espíritu de los otros "las ideas" que se les quiere transmitir: "**Voilà la raison, voilà l'eloquence, voilà la connaissance parfaite et le seul usage légitime d'une langue**" (He ahí la razón, la elocuencia, el conocimiento perfecto y el solo uso legítimo de una lengua)

El canónigo y tardío académico Nicolás Trublet (1697-1770), ensayista y crítico, discípulo de Fontenelle y Lamotte, escarnecido en un tiempo por Voltaire -que repartió sus críticas a "modernos" y "antiguos"- es aún más directo y contundente en su juicio sobre la poesía: "**Cuanto más se perfeccione la razón, más será preferido el juicio a la imaginación y por tanto menos les gustarán los poetas a la gente. Los primeros escritores, según se dice, fueron poetas. No podían ser otra cosa. Los últimos serán filósofos**".

Todos ellos no hicieron otra cosa, como se ve, que continuar el dualista duelo platónico entre la "fuerza divina" (**dúnamis zería**) y la "sabiduría"(**sofía**) humana.

Por sí faltara aún la voz de una eximia escuela de preceptores y maestros de las Letras, ahí está el testimonio del jesuita polaco-francés Claudio Buffier (1661-1737), filósofo, gramático y escritor fecundo y polivalente, autor de un **Traité philosophique et pratique de poesie**. La poesía es para él un "**entretenimiento del espíritu**", a lo sumo un "**medio para disponerlo a otras ocupaciones superiores**". La poesía sería así como un ejercicio de danza juvenil llevado a cabo durante un tiempo para educar físicamente el cuerpo, pero que, pasada la juventud, "**c'est non plus qu'un badinage**" (no es más que una broma).

Los autores citados no están solos, ni mucho menos. Marivaux, Duclos, Condillac, Montesquieu y tantos otros les darán la razón con similares críticas y hasta con desprecios y mofas de la poesía.

Fue la herencia del clasicismo racionalista. La poesía como una broma, un "divertimento", un género menor abocado a la extinción en los tiempos plenos del progreso y de las luces.

JUAN MARTÍN ACEDO

"...ET BON WEEK END"

HAMLET - *Denmark's a prison.*
ROSENCRANTZ - *Then the world is one too.*
HAMLET - *A goody one, in which there
are many confines, wards,
and dungeons, Denmark being
one o'th'worst.*

*(Hamlet, de William Shakespeare,
acto II, escena II)*¹

I

El verano de Luigi Curti no fue tal como se lo había planteado en el ya lejano junio. Por enfermedad de Nicoletta Curti, su madre, y su condición de hijo único, Luigi Curti se vio abocado a solicitar a sus superiores jerárquicos con cierta urgencia que le adelantasen tres semanas, que resultaron ser seis, de las vacaciones que él había previsto disfrutar en América del Sur durante el frío diciembre de Bruselas.

Luigi Curti llevaba viviendo en esa ciudad casi dos décadas, que a él le parecían toda una vida. Su trabajo en la administración europea, lejos de proporcionarle una visión general sobre el continente, le había privado del conocimiento, que tenía de la realidad italiana. Más grave, llevó a que se le secaran por completo sus raíces piemontesas. A sus cuarenta y cuatro años, veintitrés después de acabar sus estudios de bibliotecario, dieciocho de residencia en Bruselas (agravado por un paréntesis de treinta meses en el triste Luxemburgo), los mismos dieciocho años de alejamiento de su novia de siempre, de su primera novia, de su única novia, de su última novia.... era Luigi Curti una persona desarraigada. Un

¹ HAMLET - *Dinamarca es una cárcel.*
ROSENCRATZ - *En tal caso, también lo será el mundo.*
HAMLET - *Sí, una soberbia cárcel en la que hay muchas celdas, calabozos y mazmorras, y Dinamarca es una de las peores.*
(Hamlet, de William Shakespeare, acto II, escena II)

ser sin ilusiones. No pudo imaginar cuando, tras aprobar una oposición para archivero en la Comisión Europea, le reclamaron para ocupar un puesto en Bruselas, bien retribuido, en un ambiente de trabajo presumiblemente cosmopolita, con posibilidades de promoción profesional, que su destino sería un entierro en vida, una suerte de ataúd ambulante. Mientras que durante sus estudios en la Escuela de Archivos y Documentación de la Universidad de Turín había tenido la fortuna de acariciar incunables, y por sus manos circularon las primeras ediciones de la *Divina Comedia* del Dante Alighieri, de los *Promessi sposi* de Alessandro Manzoni, de *Cuore* de Edmundo d'Amicis, en el que Nicoletta Curti aprendió a leer, o manuscritos emborronados de Pirandello, en su actual trabajo en la Comisión Luigi Curti nunca dejó de ahogarse bajo ejemplares de diarios oficiales, comunicaciones oficiales y no menos oficiales fotocopias. Ni siquiera la referencia CONFIDENCIAL, así, todo en mayúsculas y en tinta roja, le excitaba lo más mínimo. muchas mañanas, muchas tardes, muchas noches, sobre todo muchas noches, coincidía consigo mismo en que había errado el tiro, que abandonó demasiadas cosas en el Piemonte natal para no encontrar más que un aburrido puesto de trabajo en Bélgica, "la Italia del norte" según rezaba un folleto turístico que leyó al llegar a Bruselas hace dieciocho años. Dieciocho años ya.

Dieciocho años ya. Dieciocho. Y se imaginó, una vez más, a la hija que quiso siempre tener con Laura Monacelli, su primera, única y última novia, que hubiera podido contar en estas alturas del siglo unos hermosos dieciséis años de vida. Los dieciséis años que tenía Laura Monacelli cuando se conocieron en un grupo juvenil de teatro. Porque entonces Luigi Curti tenía inquietudes teatrales. O, sencillamente, inquietudes. Sentía ahora que la vida se le había ido y que, a su edad, tenía más pasado que futuro. Que no le gustaba su pasado y menos aún su presente. Que el futuro le aterraba. Y, como guinda del amargo pastel, la enfermedad de su madre.

Nicoletta Curti era una mujer de armas tomar que ni siquiera el paso de los años, en su caso, muchos, demasiados, había doblegado. Su gran alzada le permitía ver lejos y su mirar taladraba los ojos de su oponente, penetrando su cerebro y leyendo sus pensamientos. Una mujer de los valles cuyo amor a un miliciano, asesinado por la República de Saló, cambió su rumbo. De ordeñar vacas y conducir ovejas pasó a dirigir al grupo de resistentes que su compañero, Dino Curti, le había dejado en herencia al ser detenido por los fascistas. Con la guerra su devoción por Don Bosco mudó por la de Josif Stalin. Y a él le fue fiel hasta el final de sus días. No ya hasta el final de los días del idolatrado genocida sino, lo que es aún más grave, hasta el último minuto de la longeva existencia de Nicoletta Curti. Poco pudieron contra su fe comunista los revisionismos, aggiornamientos, metamorfosis, abandonismos, travestismos políticos o creaciones de "la cosa", última etapa de las históricas siglas del PCI en su proceso de negación de lo que un día fue o quiso ser.

Fue Nicoletta Curti una mujer fiel. A sus vacas, a sus ovejas, a Dino Curti, de quien tomó el apellido, a Stalin, al Partido, pese a todo, e incluso al compañero yugoslavo de la resistencia cuyo nombre nunca recordó con precisión y que en una noche de satisfacciones mutuas aseguró la descendencia de Nicoletta. Y fue fiel a su hijo, Luigi Curti, pese a no verle apenas en su infancia (a los niños enmadrados se les determina para ser unos mediocres burgueses), ni en su juventud (una madre absorbente castra las inquietudes revolucionarias de cualquier joven). Y más tarde, de la misma manera que el burro de San Ignacio de Loyola condujo al guipuzcoano a París y a la creación de la Compañía de Jesús, él mismo eligió el camino de Bruselas. Quizas en algún momento Nicoletta Curti pensara en lo idóneo que sería para un quintacolumnista con agallas el emplazamiento de su vástago en el centro de documentación de la organización capitalista por excelencia, la Comunidad Europea.

Fue un verano negro para Luigi Curti el último verano de Nicoletta Curti. El tumor cerebral se extendió a tal velocidad que su hijo tuvo tiempo en esas seis semanas de cuidarla y de acudir a su funeral y entierro. Solía decir la vieja Nicoletta Curti que la vida es como un rollo de papel higiénico, que cuando está por la mitad se acaba con dos cagadas. Se había soltado el lazo que le quedaba con un cierto mundo, la omnipresencia de la madre ausente. Una necesidad de cambiar de aires le llevó a telefonar a su trabajo. Mi madre ha muerto, dijo. La acabo de enterrar, añadió. Pasado mañana me reincorporo, anunció. De nada valió la insistencia de su interlocutor para tomarse unos días de descanso.

La primera semana de vuelta al trabajo la pasó con la mente fija en el pasado, en el Piamonte, y con el miedo presente a volverse a enfrenar con aquellos paisajes a los que ya sólo le unía la memoria.

II

La mañana del viernes la pasó temiendo el largo fin de semana que le acechaba. El lunes siguiente era festivo y se veía encerrado en su casa amargado por la nostalgia o, seguro, por él mismo. Tres días. Y apenas había comenzado septiembre. Mientras recogía los mismos platos que todos los mediodías en la cantina de su edificio (sopa del día, pasta y escalope empanado con patatas fritas) iba repasando los meses por llegar, con el natural bajón de temperaturas, de luz y acortamiento de los días.

En la caja se encontraba Concha, una española de Galicia que tenía la rara virtud de hacer pensar a los franceses que eran capaces de entender español, a los españoles, que podían comprender sin problemas el gallego, y a los gallegos, que finalmente el francés no se alejaba tanto del castellano hablado en el terruño, tal era la mezcolanza que ella hacía de todo. Y era viernes. Y los viernes Concha deseaba a la gente toda

clase de felicidad: "*Dosciento treinta six francos, silvuplé, mersí. Bon apetit, bon après midi et bon week end... Deux cents sesenta y dos, silvuplé, mersí. Bon apetit, bon après midi et bon week end...*". Luigi Curti se sentó solo, en una mesa cercana a la cajera. Con la sopa, entre sorbo y sorbo, con la pasta, entre macarrón y macarrón, con el filete, entre patata frita y patata frita, Luigi Curti debió oír ochenta veces a Concha su *bon apetit, bon après midi et bon week end...* en el tono cantarín con que las mariscadoras de su tierra proclaman que tienen percebes, os tras o berberechos.

"... *et bon week end*", "... *et bon week end*".

Ante tanta insistencia, Luigi Curti hizo un sumario repaso de la geografía europea, procurando un lugar que aún no conociera y adonde pudiera ir, y regresar, en tren, para un fin de semana de tres días. Desde la oficina confirmó minutos después que si cogía un tren en Bruselas a las siete de la tarde llegaría a las ocho de la mañana del sábado a Copenhague.

Salió a las seis de su trabajo, sin apenas tiempo para volver a casa para preparar una mínima bolsa de viaje y comprar el billete en la Estación del Norte. Cuando subió al andén, el tren ya se encontraba ahí.

III

El responsable del vagón de las literas le indicó un lugar libre que podía ocupar. En realidad, casi todo el vagón estaba vacío. En su compartimento estaba tumbado un hombre de su edad, que respondió con un *bonsoir* al *bonsoir* de Luigi Curti. Pasado Lovaina intercambiaron unas frases. Los pocos conocimientos de inglés de uno y otro sirvieron esta vez para que Luigi Curti supiera que su vecino danés venía de un curso en Amberes de neerlandés (desde que sus superiores le llamaron la atención por decir holandés o, a veces, flamenco, Luigi Curti sabía que lo políticamente correcto para un funcionario de la Comisión Europea era decir neerlandés y Países Bajos). También iba a Copenhague y, sin que Luigi Curti mostrara la menor curiosidad hacia el hecho de que un danés estudiase una lengua tan poco práctica y sin atractivo como el neerlandés, éste intentó justificarse sin justificaciones.

Prosiguieron ambos en sus lecturas, "*La pena de los belgas*", de Hugo Claus, en neerlandés, "*Octava modificación de los nuevos criterios en la clasificación de la correspondencia oficial*", en francés.

A una hora temprana apagaron la luz. Atrás quedó Colonia. Pasado Hamburgo, los sueños devolvieron a Luigi Curti al Piamonte, a su infancia gris. Vio el rostro y saludó a su maestro de escuela, a su madre, ausente ya entonces, a sus compañeros de escuela que no querían nada con el niño introvertido que era él, y seguían jugando entre ellos una in-

terminable revancha de sus duelos Inter-Juve. Y saludó a Platón, el perro de sus vecinos, el único ser que le mostraba aprecio.

Platón. Era un ratonero, un perro hijo de perra y de cualquiera que pasara por ahí. Como Luigi Curti. Feo, pequeño, como él, incluso raquí-tico, que, por no tener, ni hambre siquiera tenía. Platón reconocía en Luigi a uno de los suyos, y viceversa. Cuántas conversaciones sordas entre ambos sentados en la escalera del portal. Y Platón desapareció de su sueño, y su sueño con él, cuando una voz militar despertó al danés y a Luigi Curti. *Mister Curti!!!*, gritó la voz. *Mister Curti!!!*, repitió.

La voz militar alumbró el compartimento. Correspondía a un uniformado rubio, joven y grande, con los mismos aires temibles de los uniformados rubios, jóvenes y grandes de los lejanos tiempos de Nicoletta y Dino Curti. Pero Luigi Curti no era ni Nicoletta, ni Dino Curti, ni aquel camarada yugoslavo, origen de sus días.

¡Mister Curti!, ¡su pasaporte!, reclamó la voz militar. En ese esperanto de inglés que sirve para comunicar a un coreano con un japonés, Luigi Curti, ya de pie, pero siempre en calzoncillos y camiseta imperio, explicó a la voz militar que había entregado su tarjeta de identidad al responsable del vagón de las literas, y que no tenía su pasaporte consigo porque no era necesario para ir de Bruselas a Copenhague. ¡Su tarjeta de identidad caducó en abril!, sentenció la voz militar. Pero la voz concedió aún otra oportunidad a Luigi Curti: ¿tiene otro documento de identidad?. Buscó Luigi Curti entre los bolsillos de su chaqueta. Enseñó a la voz militar su abono del metro de Bruselas, su tarjeta de la academia de idiomas donde aprendía portugués, una tarjeta de crédito, de las que no impresionan a nadie, un viejo carné de la piscina municipal, la tarjeta de fidelidad de una tienda de ropa y de un local donde venden pollos asados para llevar a casa... Luigi Curti enseñó incluso su acreditación de funcionario de la Comisión de la Comunidad Europea, que no pareció intimidar a la voz militar. ¿Y esto que es?, quiso saber la voz militar mientras escrutaba un sobre blanco cerrado. Es una carta de mi madre, replicó el hijo de Nicoletta Curti, ¿quiere que se la lea?, prosiguió el del partisano yugoslavo. La voz militar dejó toda la documentación sobre la litera.

Baje usted del tren, tiene usted que abandonarlo por ir indocumentado, ordenó la voz militar. Aún medio dormido, Luigi Curti bajó al andén con el policía. En el exterior continuaba la noche en la que Luigi Curti acariciaba a Platón en el Piamonte de su infancia, tan sólo cinco minutos antes. Sabría Dios la hora y el lugar, donde se encontraba. En estas se dirigió al policía para averiguarlo. El policía pronunció un nombre irreconocible que a Luigi Curti que no le dijo nada. Pero, ¿estamos en Alemania o en Dinamarca?, quiso saber Luigi Curti. La voz militar se apoderó de nuevo del joven, rubio y grande, para aclarar con soberbia al bajito y moreno italiano que se encontraba en Alemania, en la estación de Flensburg, cerca de la frontera con Dinamarca. El hijo de Nicoletta y del

partisano yugoslavo, que llevaba el apellido de Dino Curti, expuso al policía que si no tenía papeles para entrar en Dinamarca se lo dirían los policías daneses, pero que él sí tenía papeles para salir de Alemania. El uniformado no entendió y Luigi Curti lo repitió. Usted, concluyó la voz militar, no tiene documentación para atravesar la frontera. Vuelva a Hamburgo y pida allí un salvoconducto en el consulado italiano. Al siguiente comentario de Luigi Curti, sobre su preferencia de pedir el salvoconducto en el consulado italiano en Copenhague, la mano de la voz militar acarició su arma y gritó ¡fuera!.

Se dirigió Luigi Curti a la sala de la estación, buscando un mapa de la región. En efecto, Dinamarca no estaba lejos. Flensburg era una ciudad con un puerto natural en el Báltico, según podía descifrar de aquel papel colgado del tablón y que mostraba también el recorrido del ferrocarril en toda aquella zona. Pasada media hora de descanso en un banco de la estación, Luigi Curti se dirigió a la ciudad para pasear y aclarar ideas. Comenzaba el alba. Una mañana otoñal y fría. Otro mundo. La semana pasada en Italia hacía tanto calor ... En unos segundos se le vinieron a la cabeza las lecciones del maestro Antonello Prati, de la escuela pública de Serra Lunga d'Alba, que con tanta pasión explicaba a aquellos niños la caída del imperio romano, el esplendor del *Quattrocento* y el *Cinquecento* italiano, la generosidad del barroco frente a la asepsia de los protestantes (el arte, venía a decir este ateo siciliano, es católico), y la represión de los bárbaros del norte, ya fuesen germanos, austríacos o nazis. Las tinieblas de las ciénagas del Danubio, la neblina del Báltico, amenazaba la luz del Mediterráneo. Era ésta la primera vez que Luigi Curti veía el Báltico.

Era también, incluso en Alemania, demasiado temprano para desayunar en alguna parte. Retiró dinero con su tarjeta de crédito de un cajero y dio un paseo por el puerto con la única compañía de las gaviotas. Cerca estaba la parada de los autobuses y Luigi Curti se acercó a leer la hoja de horarios y destinos. Un autobús atravesaba la frontera cada media hora y Luigi Curti vio en él la continuación de su fin de semana, que Concha, la cajera gallega de la cantina, le había deseado colmado de felicidad. Tuvo tiempo de desayunar en una cafetería que acababa de abrir. Un café doble para terminar de despertar y dos *croissants* para echar algo al vacío estómago. Y a esperar. Regresó a la estación de autobuses antes que el vehículo que debía llevarle a Dinamarca. Diez minutos después, el autobús estaba ahí. Preguntó al conductor hasta dónde llegaba el recorrido. El nombre que le dio no era capaz Luigi Curti de reconocerlo en la geografía del continente pero el chófer le tranquilizó. Era una pequeña ciudad de Dinamarca. Quiso saber Luigi Curti si Copenhague estaba lejos. El conductor puso una cara de horror, como si le hubieran pedido hacer esa distancia a pie, con el transporte a costas. Lejísimos, lejísimos, oyó decir Luigi Curti. Subió Luigi Curti porque el chófer le dijo que esa pequeña ciudad danesa sí tenía estación de tren y

que de ahí podría montar en uno hacia Copenhague. Y al fin de cuentas, Luigi Curti tenía un billete de tren hasta Copenhague.

El autobús salió de la estación de autobuses de Flensburg sin más pasajeros que Luigi Curti, rumbo al mundo libre. Los dos *croissants* se le revolieron a Luigi Curti en el estómago al reconocer la primera parada del autobús: la estación de tren de Flensburg. Luigi Curti maldijo la voz militar que, sin delicadeza alguna, interrumpió sus caricias a Platón, su compañero de infancia. Nadie subió. Prosiguieron la ruta y enfilaron la autopista. Unos ocho kilómetros más allá divisaron unas cabinas de peaje que enseguida extrañaron a Luigi Curti, quien, pese a no tener coche, ni siquiera permiso de conducir, sabía perfectamente que en Alemania las autopistas no eran de peaje: De nuevo se revolieron los *croissants* en el estómago de Luigi Curti cuando reconoció en la cabina de la autopista a otros jóvenes, rubios y uniformados como la voz militar, en lo que resultó ser un control fronterizo, con la bandera alemana controlando a su vez en lo alto al control. El autobús atravesó esos metros a una velocidad de tortuga delante de los uniformados, sin que éstos pidieran que se detuviera. Cien metros más allá, otra caseta coronada por la bandera danesa. El hijo de Nicoletta Curti y del partisano yugoslavo suspiró con ganas. Acababa de entrar en el Reino de Dinamarca. Alemania quedaba atrás, con sus jóvenes rubios, uniformados de aquí, que le impedían pasar en Copenhague el buen fin de semana que le había deseado Concha, la cajera.

Un danés de su edad, de cabellos y pequeña barba dorada, con un uniforme azul marino, mandó detener el autobús. Entró y se dirigió a Luigi Curti. *Passport*, reclamó al pasajero. Luigi Curti sacó de su chaqueta el montón de documentación que horas antes había mostrado infructuosamente a la voz militar. *Passport!*, repitió el policía danés. Aquí está mi tarjeta de identidad italiana, explicó al policía- Éste la revisó detenidamente. No le hizo falta conocer italiano para leer las palabras críticas, *valida per cinque anni*, y decir a Luigi Curti, en el mismo tono que utilizara el maestro Antonello Prati cuando le sorprendió copiando en el examen de Latín, su tarjeta de identidad caducó el 25 de abril. ¡Descienda!.

Y descendió, una vez más, Luigi Curti. El autobús continuó su viaje, sin viajeros. Pasó a manos en la caseta fronteriza danesa de un joven uniformado, rubio y grande. ¡Nacionalidad!. ¡Nacionalidad!, gritó de nuevo la voz militar, ahora vestida de azul oscuro. Luigi Curti pensó en su madre, Nicoletta Curti, en su desconocido progenitor, el camarada yugoslavo que cambió de horizontes para pegar tiros a otras voces militares, distintas, pero iguales, a las voces militares que se oían en su Yugoslavia. Pensó también en Dino Curti, el héroe caído, cuyo apellido llevaba. Pensó en Platón, su amigo de infancia. También penso en Laura Monacelli, su primera, única y última novia. ¿Existió realmente?. Y pensó, además, en todos aquellos inmigrantes negros o de origen árabe, o suramericana-

nos, o la gente que, como él en esos momentos, se encontraban en países que las rubias voces militares, uniformadas de caqui o de azul marino, convierten en tierras enemigas para aquellos cuerpos civiles cuyos rostros morenos delatan que conocieron mejores soles. Soy italiano. Nunca Luigi Curti, a quien no gustaba el fútbol, pensó que sentiría orgullo alguna vez al decirlo. ¡Fuera!, ¡media vuelta!, no puede usted entrar en Dinamarca. No hacía falta que se lo dijera aquel policía. Hacía tiempo que se le habían quitado las ganas. Luigi Curti miró al cielo y vio el sol, ya bastante elevado. El mismo sol que se ve en Italia, pero que en esa frontera se asomaba casi por obligación, iluminando apenas pero sin calentar. Porque en Italia aún era verano. ¡Fuera!, repitió el policía.

Volvió andando Luigi Curti sobre sus pasos, al otro lado de la autopista, en el mismo sentido que los coches que iban de Dinamarca a Alemania. En su pensamiento tenía presente las enseñanzas de su maestro siciliano, el sentido de universalidad del Renacimiento, donde cada uno era de su ciudad y todos del mundo. Recordó con ironía los libros que tuvo que leer para preparar su oposición como bibliotecario de la Comisión Europea. Los padres de Europa. ¿Un sueño o un cuento?. Traspasó la línea de separación pintada en el suelo. Luigi Curti se detuvo y giró sobre sí mismo, en los primeros, o últimos, centímetros alemanes. Quiso bajarse la bragueta y dedicar a los daneses una soberana meada. Su pudor pudo con él y continuó el camino. Un grito, otra voz militar, le sacó de sus recuerdos, como en la madrugada le habían separado de Platón. *Kommen Sie her!, hierher!*. ¡Venga aquí!, ¡aquí!, repitió la voz militar, de nuevo caqui, agitando su brazo derecho para indicar a Luigi Curti que tenía que ir justo ahí, a sus pies. Y a los pies de la nueva voz militar caqui llegó Luigi Curti. *Reisepaß!*. Pasaporte, adivinó Luigi Curti, que contestó que no lo tenía consigo, que sólo tenía una tarjeta de identidad italiana pero que estaba caducada desde hacía cuatro meses. Pues lo siento, pero no puede usted entrar en Alemania.

Al menos, lo lamentaba. Luigi Curti le dijo que él no quería entrar en Alemania. Sígame, y Luigi Curti siguió a la voz, que esta vez no tenía tono militar pese a ser uniformada caqui.

El policía, alto, bigotudo y que no reprimía sonreír de cuando en cuando, extendió un formulario en italiano a Luigi Curti para rellenar con los tópicos datos: nombre, lugar y fecha de nacimiento, nacionalidad, domicilio, etc. Devolvió Luigi Curti el formulario cumplimentado. La mejor voluntad de este policía se estrellaba con una u otra barrera. Incluso examinó el abono del metro de Bruselas, la tarjeta de la academia de portugués, la acreditación de funcionario de la Comisión Europea, la carta de crédito, que seguía sin impresionar a nadie. ¿No podría usted, preguntó, llamar a su casa de Bruselas y pedir que le envíen su pasaporte por fax?. Vivo solo, en mi casa no tengo fax y no conozco un aparato de fax por donde quepa todo un pasaporte. Y si yo llamase a la policía belga, insis-

tía el alemán, ¿me podrían confirmar ellos que vive usted en esa dirección?. No estoy inscrito, aclaró Luigi Curti, porque no es obligatorio para los funcionarios de la Comunidad Europea, pero vivo en un estado policial y estoy controlado de sobra por la policía en Bélgica.

El policía salió y entró varias veces del despacho. Subió y bajó escaleras. Descolgó y colgó el teléfono. Luigi Curti, aprestándose a una lenta tramitación de su caso, sacó de su bolsa de viaje su lectura inacabada: la octava modificación de los nuevos criterios en la clasificación de la correspondencia oficial. Lamentó Luigi Curti haber perdido la afición por la literatura al acabar los estudios en la Universidad de Turín. Pocas páginas pudo leer de la octava modificación. El policía alemán le pidió que le siguiera y le condujo al piso superior, a una pequeña sala de espera. Ahí volvió a sentarse, en una incómoda silla. Luigi Curti sentía hambre. No había comido más que dos *croissants* en las últimas veinticuatro horas y ya estaban más que digeridos. Media hora después había terminado con las páginas que le quedaban por leer de la octava modificación, pero no con su hambre, que se agravaba. Luigi Curti paseó por la salita de espera. Quiso abrir la puerta pero estaba cerrada. Ni siquiera tenía pomo para abrirla.

La desesperación llegó a Luigi Curti. Serían las tres de la tarde, aunque la gazuza que le corroía le hacía pensar que serían las cinco. Aporreó la puerta una y otra vez. Nadie parecía oírle. Trató también de abrir la ventana, pero estaba bloqueada. Su doble vidrio la aislaba de los ruidos de la autopista. Hacía tiempo que en el pequeño edificio de la policía fronteriza alemana no escuchaba ningún ruido, ninguna voz, ningún teclear de máquinas de escribir, ningún teléfono. La necesidad de satisfacer los deberes fisiológicos era ya apremiante. Con ansiedad, Luigi Curti dirigió su mirada a todos los ángulos de la habitación buscando una posible salida a esa situación tan absurda. Pensó en un momento en el policía alemán bigotudo, que le atendió con una media sonrisa que no había visto en sus colegas. Estaría echando la siesta, pensó por un momento. Pero dónde se había visto echar la siesta por esas latitudes casi árticas. Le habría engañado. Por que, si parecía él, el Policía con bigotes, el único con calor humano de todos los que habla visto desde que se separó, le separaron, del danés que había hecho el curso de neerlandés en Amberes. Habría habido una confusión con otro Curti buscado por la Interpol. Pero él había enseñado en su momento la acreditación de funcionario de la Comisión Europea, que, como su tarjeta de crédito, no impresionaba a nadie. Se habría olvidado de él. Cómo, si en aquella caseta el tedio sucedía al tedio un día sí y otro también, y un italiano rechazado por todos en esa frontera sería el acontecimiento de la temporada.

De nuevo dio un repaso a su vida. Volvió a ver a Concha. *Bon appetit, bon après midi, bon week end...* De nuevo recordó que no había comido desde aquella sopa del día y escalope empanado con patatas fritas, si

descontamos los dos *croissants* que tantos revolcones habían dado en su vacío estómago. Cómo terminaría esta aventura. El sol se iba apagando. No tenía más modificaciones de la normativa de clasificación de correspondencia oficial por leer, ni ganas. Paseó por los diez metros cuadrados. Se sentó. Se volvió a levantar. Acabó con sus uñas. El sol se fue. Encendió la luz oficinasca. Gritó por primera vez. Intentó levantar la silla para romper los cristales de la ventana, pero estaba fija al suelo, seguramente para evitar que Luigi Curti rompiera los cristales de la ventana y huyese. Pensó también en renovar su tarjeta de identidad en un próximo viaje a Italia. Y juró incluir a Dinamarca en la nómina de países a los que jamás iría, acompañando a la hasta ahora solitaria Suiza en esa lista personal. ¿Y Alemania?. Las lecciones de historia de su maestro de infancia, Antonello Prati, le sirvieron para saber que la región de Flensburg, Schleswig-Holstein, pertenecía a Alemania desde la victoria de Bismarck sobre Dinamarca en 1864, pero que en el fondo ambos ducados conservaban aún el alma danesa. Su cárcel, celda, calabozo, mazmorra, era danesa.

Intentó sestear, pero no lo consiguió, no por no ser aquella una hora de siestas sino porque no tenía lugar en su cuerpo más que para la angustia. Dejó la mente en blanco y comenzó a contar para no pensar. En el quinientos cincuenta y uno se dijo que tal vez de delante hacía atrás le entrase el sueño y empezó la cuenta desde mil.

Hacia el setecientos sesenta y siete oyó una puerta cerrarse. Por la ranura de debajo de la puerta vio encenderse la luz. Se dispuso a golpear la puerta y a gritar pero se sujetó el puño antes de que llegara al pseudopino blanqueado de la puerta. Tal vez conviniese no hacerse notar, esconderse. ¿Quién sería?. Lo ocurrido en ese sábado podría ser una broma comparado con lo que aún le pudiera pasar. Sería mejor llamar a la policía, pensó Curti. Pero, imbécil, ¡si estás en un puesto de policía!, le contestó Luigi. Decidió esperar. Finalmente su puerta se abrió.

La bombilla del pasillo iluminó a una mujer mayor que sujetaba una escoba en una mano y una fregona en la otra. *É la Madonna!*², exclamó la vieja mientras caían escoba y fregona. Era una señora menuda, de cabello negro como sus ojos y rostro arrugado por el sol o por la edad. La mujer retrocedió un paso. Luigi Curti se levantó y avanzó hacia ella. *Lei é italiana?. Lei é italiana?*³, repitió Luigi Curti. A la primera pregunta la señora asintió con timidez, mejor dicho, con miedo. A la segunda, la italiana dijo que sí. Siciliana de Piazza Armerina. Luigi Curti se abalanzó sobre ella y la estrechó entre sus brazos emocionados. La mujeruca era del mismo pueblo que su maestro Antonello Prati, el que le aterrizaba con la caída del imperio romano, el que le iluminaba con las imágenes del Giotto, Frà Angélico, Raffaello Sanzio di Urbino, Mantegna o Caravaggio, el que le abría la mente con la grandeza del espíritu renacentista, el

² "¡La Virgen!", en italiano, pero con una significación casi blasfema.

³ ¿Es usted italiana?".

que le adentraba en el mundo de Verdi y de las heroínas de Puccini, el que le iniciaba en el orgullo de pertenecer a un pueblo de artistas. *Anch'io, anch'io!*⁴, musitaba Luigi Curti al oído de la asustada mujer, que sabía que también entre sus compatriotas había gente de no fiar, máxime si se los encontraba encerrados en un puesto de la policía de fronteras en la madrugada del sábado al domingo, en una salita de dimensiones mínimas con un fuerte olor a orín. Luigi Curti lloraba. En los ojos negros de su paisana vio, por fin, la luz en el Báltico.

Tan pronto como detalló tan atribulado sábado a su compatriota, la mujer decidió que ayudar a un italiano, aunque del Piamonte, bien merecía detener el trabajo por un instante. Ahí seguirían los suelos a fregar y el polvo a quitar cuando ella volviera de acompañar en su desvencijado escarabajo a Luigi Curti a la estación de trenes de Flensburg. Allí se fundieron en un inmenso abrazo, radiante aquella mujeruca por haber podido liberar a un compatriota, aunque piamontés, de sus piratas bálticos. Aún tuvo que esperar varias horas Luigi Curti al tren que desde Copenhague le condujera a Bruselas, acabando con el fin de semana que Concha le había deseado tan feliz.

⁴ "También yo".

JOSÉ LUIS AMADOZ

ASÍ CRECISTE EN EL AMOR

Así creciste en el amor,
despojada de todo, liviana,
en el más tierno abandono
de aquella noche,
tú y yo unidos en la prisa
de nuestro deseo,
libres de miedo,
sin saber las promesas de aquel día
ni el acontecer lejano,
tu mirada,
al principio, medida,
ardida en agujón de llama
en el centro mismo
donde tú y yo,
tu locura con la mía se desata
y nos pone sedientos
en límite de brasa y fuego,
en aquel clamor desnudo
de hechizo acorde y musical
temblor de manos presurosas
que descubren la cosecha oculta
de nuestros deseos,
en aquel vaho frutal
tempranero
que nos recoge hacia dentro
de tú y yo interminables,
juntos,
en el rumor desconocido
que alienta bien en su camino,
que nos lleva
sin saberlo,
por el oscuro bosque del deseo

ya las bridas rotas,
sueltas, entre nuestras manos,
de repente iluminadas
de impenetrable acechode secretos,
tiempo recorrido para el ensueño,
para gozar de tu belleza interminable
de tus senos abiertos
como odres deseables,
abierto gemido de noches
en andas recorridas
de alborozo de caricias,
incontenible cascada
al mar de nuestro agitado viento
en olas erizado,
así creciste en el amor
desde tu tranquila fuente
hacia esa tormenta nueva,
desconocida para ti,
de los tactos vírgenes
que con fe de navegante,
sin brújula,
sabe de su camino
y recorre con prontitud salvaje
los transidos caminos de tu cuerpo
y los inmejorables puntos
que salidos de su silencio
encienden muertos de ternura,
para, una vez más,
caer en el manso sosiego
del viento acallado
y la tormenta ya pasada.

VÍCTOR MANUEL ARBELOA

DE LA MANO DE BERGSON

De la mano de Bergson
y de Theilhard de Chardin,
me embarqué en el mar submarino de los físicos.
Me puse su escafandra de abstracciones,
atravesé la espesa capa de moléculas,
me bajé hasta los átomos,
contemplé las locas ruedas de electrones,
y hasta el vértigo de protones y neutrones descendí.
Por el inmenso espacio del vacío
llegué hasta vislumbrar
las luces errabundas de los locos hadrones,
apenas descubiertos:
tendencias a existir,
correlaciones forjadas por la mente,
dentro de las cuales jugarían,
en grupos de tres en tres,
los misteriosos "quarks" que imaginara
el gran James Joyce, y que estudiara
Murray Gell-Mann.
Y en aquel profundo **pensamiento**,
donde espíritu y materia se confunden,
te encontré de nuevo, oh Dios del primer día,
"Salvador" escondido
tras la D y la U de las últimas partículas.



Madrid G. López Gombatoles

A QUE DIOS LENGUAZ ESTAMOS ESPERANDO?

*¿Y si un día nos pusiéramos en serio
a escuchar las melodías de los pájaros
más sabrosas que muchos discursos de los sabios;
el rumor de los árboles, que saben más que detectives;
el lenguaje ruidoso de las cosas,
todas dinámicas y en continuo devenir;
el vozarrón sublime de los terribles ángeles
más hábiles que los nuncios apostólicos,
y, sobre todo, el grito y el sollozo,
la risa y la sonrisa,
nunca bien descifradas
de los hombres?*

*¿Por qué tendremos que esperar más siglos todavía
a que hable Dios?*

¿Pero a qué Dios lenguaz estamos esperando?

GENES AL REVES

**A ellos y a ellas,
los que han vuelto.**

*¡oh,,Y cómo veríamos el mundo,
la desnudez,
la transparencia de la verdad y la Belleza
si no estuviese ahí....
manchando la luz.....
el perro negro de la injusticia humana!*

LEON FELIPE

A veces pienso
que la realidad del mundo no existe
y me gusta cuando Federico Lupi nos dice:
"Yo no vengo del pasado
ni del futuro,
me salí del tiempo
nada más".

Tambien pienso
que algunos creen
que el olvido olvida
que únicamente somos inicio de silencios
que sólo somos instantes abisales
y eso, ya no me gusta.

Escriben historias oscuras
con tinta robada de la vida
sueñan que son patronos
del poder secreto de la existencia

y se me retrocede la esperanza
y mi alma nunca entiende
que alguien pueda crear
una Siberia negra,
la desaparición de todo un latido.

Reconozco el perfil de nuestro ser
aprendo a escuchar sus notas
¡son notas tan hermosas, tan difíciles!
es fácil darse cuenta
que no existen
diplomas del no ser
y a pesar de todo
se consideran expertos
de todas las voluntades,
son catedráticos sin título;
nunca la ignorancia ha reinado tanto y tanto,

podiera ser
que sean genes al revés.

A veces residimos
en la huella opaca de la tristeza
pero quiero decirte amigo
que el tiempo se atraganta siempre
en sutil recuerdo,
el tuyo sucede a la nada
y tan cercano a la muerte
que puede, seguramente,
respirar sueño
ese sueño de ti mismo
donde ninguno dejemos de ser
claro horizonte de utopías.

Y quiero decirte *amigo*.

FRANCISCO JAVIER CÁNAVES ORELL

EN UNA DESPEDIDA

Un incómodo saldo de frases y saliva
que sólo compartieron ese instante
difícil de explicar a plena luz.
Hacia el olvido se encaminan ya
el fuego de los ojos, la sorpresa
del abrazo primero todavía en la calle,
la acidez de los sexos indecisos, más tarde,
en un cuarto por horas y por necesidad.

Ella se vuelve, y su perfil hermoso
es ya de niebla y de silencio. Él,
en un último gesto de ternura,
acaricia su pelo lentamente.
E ignora que su mano
está manchada de ceniza y miedo.

*(De **La música del mundo**, premio certamen "Ángel Martínez Bai-gorri" de Poesía 2000)*

JAVIER CIORDIA

MI PADRE

Mi padre no sabia
lo que es el arcoiris,
ni por qué su figura
en forma tan exacta
de semicírculo.

Se quedaba mirándolo, mirándolo...,
como si fuera el signo
de alguna misteriosa
revelación que le aclarase
un inconfeso enigma...

Una tarde en el monte,
cuando lo vio a distancia,
en su forma geométrica perfecta
con los siete colores del espectro
perfilados y nítidos,
murmuró alborozado:
"!Esto sí que es palabra
de Dios!"; y santiguóse,
como si hubiese hallado
la clave del enigma
torturante y secreto
que perturbaba su existir y le impedía
ver el profundo
sentido de su ser.

Mi padre no tenía
la cátedra del libro,
sino la de los árboles, los pájaros, las nubes..
y lo que dice el viento cuando pasa
silbando por las calles en invierno.

XABIER ETXARRI

ME IRÍA CONTIGO

Me iría contigo,
dejaría este mundo abrazando tu mueca,
tu sonrisa profundamente agrietada,
el grito de tus ojos, el terror
de tu caída al infinito.
Rodearía el estruendo silencioso
con mi abrazo más concéntrico,
apretaría hasta romper los huesos
y en estrelladas espumas
abandonaría dos cuerpos muertos.

ES DIFÍCIL

*Es difícil,
estar y no estar, ser
y no ser el dueño de mi nombre,
querer y rechazar lo deseado,
no saber y comprar el infinito,
auscultar lo informe del amor
con pinzas de entomólogo poeta,
soñar con tu muerte entre mis brazos,
con la mía abrazando la quimera
de las botas que no usé
porque no podía entender la mañana
si no amanecía a mi lado.
Por eso los gritos de los pájaros
te traían, y no eras tú,
porque no sabía quién era
el que escuchaba gritos
y sentía sus ingles reventadas.*

AZUL

No hay teléfono
te digo, espuma,
no hay línea,
repito, nudo,
no hay forma de comunicar
lágrimas, olas, motivos,
polvo, viento, cielo,
frío, contradicción, usufructo,
entonces sonrisas flacas rebotan,
impactan, agujerean,
sangre llena la boca
alejada de ti y tus latidos.

ELMYS GARCÍA RODRÍGUEZ

DESPUES DEL SEGUNDO OLVIDO LA CULPA SIEMPRE CAE EN LOS RELOJES

A nadie te confíes
gracias.a la penumbra
está a punto de ocurrir
un eclipse total,
al menor soplo el pájaro se escapa
de sus propios pies
con el tigre encima
de sus costillas,
en otoño siempre la culpa
cae en los relojes,
atrás quedaron las ceremonias
y tú apareciste
con flores y cuchillos
bajo el brazo,
no fuiste culpable de nada
ni siquiera
de sabor traicionado mi alegría.
Sufrimos largamente
al conformar la arcilla,
en este juego de sombras
ablandé el corazón hasta consumirme,
no hubo reposo
ni sorpresas anticipadas,
por momentos
envidio tu locura de ángel,
fue lindo saber que existías
por encima de los aplausos,
pude inventar un nombre
pare sustituirte,
primero fuiste tú
luego no supe quien llegó después.

Sentí miedo de regresar a la casa
cuando existe una pantera
de ojos grises
que nos empuja
a desafiar los remos,
ella vino a cerrarnos la puerta
poco antes de que té marcharas,
no quedé con la mirada fija
en aquel retrato que dejaste
colgando en la pared de la sala.
Para qué pueden servir
los recuerdos,
si amaneces decapitado
por el mismo verdugo
que anoche dejó escapar los delfines.

MANUEL GOÑI

MALABAR DE PALABRAS

Para qué querrías tú mi palabra,
si yo ya te digo que no alcanzo a nada, ni sé,
y tengo sobrepasada ya
la edad de los versos redondos y brillantes. Por decir
podría hablar del nombre
que los libros han dado a las cosas: la mesa de madera,
el mirlo, un cielo, un cielo de cerezas...
pero no sé, no las reconozco, están marcadas con los nombres
que les hemos dado, pero son discípulos díscolos
y no obedecen, ni siquiera
vuelven la cabeza cuando se les llama.

Tú sabes mucho de eso: de no atender
cuando se te llama; tú, como yo, no reconoces
el nombre con el que te invocan y piden,
no distingues mar de playa, y confundes canción francesa
con soledad, ecuación y agua que cae, eternidad y vértigo;
se te confunden, digo, lo mismo que a mí se me confunden
los ahogados en China del telediario de ayer
con los muertos de África de la próxima sequía; a mí,
que no distingo un diablo de su rabo
y que creo ver a Hitler (o Haider, no sé bien)
repetido en los ojos de tantos, repetido
en sus dos ojos, en sus dos orejas, repetido en el mismo bofetón
que me dio aquel profesor de matemáticas
(don Ismael, un colegio tenebroso,
qué pensará un maestro cuando pega a un niño)
y es ése el mismo bofetón que hoy recibe otro
en el recreo, en otro colegio más tenebroso,
o peor aún, porque en un poema se pueden recibir también
bofetones hechos de hambre, de abandono...

A estas alturas me gustaría explicarme mejor o explicarte,
si creyera que merece la pena, que estos versos
resuenan acaso sobre sus propias sílabas.
Tú persistes en tu empeño de hacerme creer
que sí, que todo este transcurrir
por una ciudad minada de alcantarillas y cielos escandinavos
ha merecido la pena,
después de tanta confusión y tanta repetición,

después de tanto asesinar en la misma piedra,
tanto desfile de botas altas sobre el barro y la sangre,
y de querer regresar y no reconocer el camino, ordenar estantes
y sentimientos, y a pesar de todo
procurar mantenerse ileso a base de creerme todas las palabras,
la publicidad de que existe ese mundo que una vez escribimos
en poemas redondos y brillantes.

Pero a mí, no sé muy bien por qué, me cuesta más.
La sabiduría que me prometieron con los años
no me ha alcanzado todavía, incluso hay días
que no puedo evitar llevarme los muertos de casa al trabajo,
y del trabajo a casa. Hay días que cuando enciendo la televisión
puedo reconocer por el nombre de pila
a todos los suicidados del Sena, uno que era abogado
o bróker, o qué sé yo, hoy me saluda, me sonríe,
me plantea el acertijo del cianuro en la sangre
y después ya puedo contarme como un ahogado más,
un porcentaje que se eleva en el telediario...

A propósito de todo esto,
tengo un amigo que deberías conocer. Es uno que tuvo
la prevención de bautizarse con uno de los nombres
que no aparecen en los libros,
y cuenta que cuando se mira atentamente las manos
es capaz de presentir la emoción lejana de las bombas,
la danza suave de los ahogados, los miembros amputados
de tantos insectos o el saludo corto donde se delata
quien nos ha dejado de querer.

Y dice también que, igual que me ocurre a mí,
cuando echa cuentas con los dedos de la mano
le siguen saliendo más preguntas que respuestas.

DAMIÁN IRIBARREN

ES HORA DE DECIRTE ADIÓS

Es hora de decirte adiós y muero.
Colgado como estoy del tiempo, gritan
mis huesos y mi sangre. Necesitan
tierra mis pies, mis ojos un lucero.

Como un vacío siento y yo no quiero
estos pájaros negros que se agitan
presintiendo la muerte y que palpitan
con golpes de silencio y fuerza cero.

El recuerdo de todas mis renunciadas
puede ser mi esperanza y mi alegría,
dulce alivio a mi fiebre y calentura.

Y en este adiós yo sé que ya me anuncias
el ritmo de una nueva melodía
y ya percibo el sol de Tu ternura.

El choque

Una noche volvía de pasear con los ojos en las estrellas, tan despistado y absorto como siempre, cuando una muchacha ebria se golpeó contra su costillar derecho. No pasó nada grave y él lo consideró como un resumen de sus encuentros con mujeres: inesperados, breves y dolorosos. Se sentía náufrago en una piedra redonda, en la que a las tardes de sueño sucedían noches de odio, sueños que estallaban de día, odio en lucha con la luz. Y todo en la encrucijada de los tiempos, que él veía fluir y fluyendo confundían la claridad del recuerdo con la negrura que ofrecía el futuro, tras la cual, a pesar de todo, alguna luz se podía entrever. Sí, algún brillo yacía al otro lado de las tinieblas, más allá de las fronteras de hierro del aire, visible entre los hoyos celestes.

El ciclo de los años

Cada primavera brota la nueva luz y de nuevo se deshielan los tiempos. Volvió a hablar con Malinowski y a recordar que, simplemente, existía. Volvió a escribir en algún lugar que este mundo es una enorme piedra redonda, arrullada por el soplo del mistral. De nuevo callejeó en el aroma azul de la tarde y una vez más sonrió al sol del amanecer, al que ahora veía brillar con el oro del tiempo ido y así comprendió que éste no era esencialmente distinto del porvenir. La tarde ya no era un páramo y él, ya sin pasado ni futuro, llenó su pecho de aire dorado, se sintió puro y ligero, enarcó las cejas hasta hacer de ellas alas de milano y se perdió en la luz.

JAVIER QUINTANO IBARRONDO

APUESTA DEL ALMA INGENUA FRENTE A LA VIOLENCIA

Qué extraño compromiso cargar con uno mismo
quien corteja sus días con el punto de mira
hambriento de enemigo
y se ceba en su víctima cual si fuera su mal,
quien amanece subiendo al ras del odio
que el mundo lleva de equipaje
cual si fuera su síntoma.

Corre el aire violentando la mirada
del que ha herido o matado en combate;
del que limpia la daga,
del que separa el guante rojo de la sangre
a la punta de acero de su espada
del oficio heredado sintiéndose un don nadie.

Cuando ancle hartado al fin, cuando ate amarras rotas
el odio del dolor asiduo acompañante,
la unión de la pareja, la yunta y el arado,
el surco remozado de la imaginación capaz
que ve y abarca el mundo tendrá el sostén preciso
de la paz, para que vea y lo abarque. No es la cuestión
¿podrá ayudar la poesía a mundo?
Importa más: poesía, ¿podrá el mundo ayudarte?

LUIS IGNACIO VILAFRANCA

ME URGÍA UN CAFÉ SOLO

El otro día hablé con dos amigos tuyos.
Uno tenía sólo sonrisas en la voz
y en la cabeza. El otro hablaba,
de manera ampulosa y arrogante,
de cualquier tema,
le daba igual humano que divino.

Pero quien habla tanto
pierde pronto el barniz y deja al descubierto
sus vacíos, su ausencia de ideales y valores,
su carencia de afectos verdaderos
y abrazos solidarios.

Mezclé la compasión con rabia.
Y después de gritar algunas palabrotas
y romper a patadas
la luna y las farolas reflejadas en los charcos,
me urgía un café solo
-o tres, o cinco- denso, sin azúcar,
para que su sabor amargo liberara
las paredes del tubo digestivo de mi espíritu,
del gusto tan horrible
de las crestas de gallos engreídos.

CAJA  NAVARRA